

hay en él ningún juego de palabras, efectos de estilo, ni aparato oratorio. Es sencillo, grande, como el mar. Siéntese en su frase una fuerza secreta, un poder reprimido, una costumbre de austera continencia.

Se adivina que aquel hombre vivió en la presencia de Dios. Su meditación se ha formado en el mismo centro de la mayor manifestación divina del infinito accesible á nuestros sentidos: ¡el mar! El mar, uno en todo el globo, y tan diverso en su inmutable unidad; el mar, en el que se absorbe nuestra contemplación, que deja mudo al poeta, sobrecogido al filósofo, espantado al pensador: el mar fecundó el genio de Colón. Bajo del brillante cielo de los trópicos, en las islas Afortunadas y en las tierras atlánticas de las Azores, la audacia del pensamiento se ha trocado en reflexión; su madurez de convicción ha fundado en él, bajo la inspiración del Verbo divino, esa resolución que no pudieron quebrantar ni la fuerza del tiempo ni la maldad de los hombres.

Un hombre que hace alarde de despreciar el Catolicismo ha quedado también asombrado al encontrar en Colón un inesperado talento de escritor. Dice: «Tiene el diario de Colón, por su concisión, un no sé qué de misterioso, sublime, religioso, como el grande Océano en medio del cual está escrito (1).» Humboldt, después de haberle elogiado en varios pasajes, intentando, según su sistema, rebajar á Colón, crítica su estilo y sus versos; pero, á su opinión, desprovista de toda prueba, objetaremos nosotros el dictámen de la autoridad contemporánea más indisputable en materia de gusto y de sana literatura, la de M. Villemain, quien se expresa así: «No vacilo en decirlo; ese extranjero, que no aprendió el español sino tarde, en sus audiencias y antecámaras, para hacer aceptar el descubrimiento de un Nuevo Mundo, Colón ha sido en su siglo el hombre más elocuente de España. Y es que tenía grandes ideas, que llevaban consigo expresiones sublimes. Y es, sobre todo, porque estaba dominado por el entusiasmo. *Spiritus Dei ferebatur super aquas*. En las crónicas españolas no habían faltado hasta entonces las formas exteriores del arte, las frases largas y sabias. Con él comienza lo sublime, la sencillez en la grandeza (2).»

El estilo de Colón parece sublimarse y engrandecerse con los años, como su genio. Su producción más notable la escribió á los sesenta y siete años de edad. El fuego de la juventud y de la poesía que avivaba su seno, se abrió paso por entre los hielos de la edad, como los volcanes de los Andes en los picos de las nieves eternas. Muestra también la inmutable virilidad del alma, sustrayéndose de la ley del tiempo y de las influencias físicas. El ardor de la piedad, la frescura de la

(1) Edgar Quinet, *Discurso pronunciado en el Colegio de Francia*, en 1843.

(2) Villemain, *Cuadro de la literatura de la Edad Media*, tom. II, pág. 332.

inspiración se revelaban todavía al terminar su cuarta expedición, en su desastrosa campaña de 1503. Librado milagrosamente de un naufragio inevitable, hecho astillas su buque, medio anegado, logrando á duras penas abordar á un puerto en el que las vías de agua de su buque le ponían en peligro de zozobrar; teniendo que arrostrar el hambre y los ataques de una gota cruel, lejos de ceder al desaliento de las tripulaciones, de abatirse en tal situación, se une al pensamiento de la Iglesia católica, solemniza con ella la fiesta de San Juan Bautista, y, durante el ayuno que se ve obligado á sufrir, su piedad celebra en verso la natividad del santo precursor del Mesías. Esta inspiración que brota á pesar de los padecimientos y la carestía en una nave averiada y medio destruida, es indudablemente la única composición literaria escrita en semejantes circunstancias.

Qué idea no da de la serenidad de ánimo y de la piedad de Cristóbal Colón ese canto apacible del alma cristiana dominando los dolores de la carne, la extenuación y desmayo del cuerpo, que no piensa sino en compartir á tan lejana distancia la alegría de la Iglesia católica en aquel día y en celebrar el nacimiento del bienaventurado san Juan, que saltaba de gozo en las entrañas de su madre al oír la voz de la Virgen bendita entre todas las mujeres cuyo seno llevaba al Salvador! Las circunstancias de tiempo y lugar no son ménos edificantes que el asunto de esa inspiración; y el tierno interés que se le une redobla el encanto de la ingenuidad de esa poesía.

§ IV.

Si Colón se hubiese limitado á descubrir tierras se le podría considerar únicamente como marino cosmógrafo, al mismo tiempo que se reconociera la grandeza de su genio; pero sus descubrimientos están de tal manera enlazados con su vida privada, su fé, y su papel apostólico domina de tal manera sus actos oficiales, que es diametralmente contrario á la justicia pretender juzgarle, hecha abstracción del sentimiento religioso, principio y fin de su existencia pública.

Y si hay quien se admire de que después de haber ensalzado sus excelentes cualidades, no hayamos investigado la parte débil del carácter de Colón, con aquella severa imparcialidad que exige la historia y que obliga al historiador, á fin de poner sus defectos frente á frente de sus virtudes, y entregarlos equitativamente á la apreciación de los lectores, contestaremos de antemano á esa objeción ó censura, que hemos practicado en vano la auscultación del corazón del héroe: le hemos examinado bajo todos los aspectos y no hemos podido descubrir en él una falta voluntaria, una injusticia, una debilidad. Para llegar hasta el último extremo de nuestra

confesion, declaramos tambien que no nos ha sorprendido esa falta absoluta de inclinaciones ó de acciones reprobables en el curso de toda su vida, por la sencilla razon de que no se encuentran ni vicios ni defectos en la vida de algunos santos.

Generalmente hablando, en los grandes hombres pueden siempre reconocerse los defectos inherentes á nuestra naturaleza, aunque mitigados por su propia generosidad, la escena elevada en que viven, el respeto de la opinion, el temor de la posteridad; pero en los héroes del Evangelio no hay ningun defecto de carácter, ninguna debilidad: el amor, al purificarles, les sublima y ennoblece. De tal manera admiraron al divino modelo, que modificaron su propia naturaleza, á fin de acercársele tanto como es posible á nuestra humanidad.

Digamos con toda franqueza lo que pensamos acerca de Colon.

Ese hombre no tuvo ningun defecto ni ninguna cualidad del mundo. Tenemos fundados motivos para considerarle como á Santo.

Y prudentemente estamos nosotros en razon hablando de lo que se ve en él, sin inquietarnos lo que no se encuentra en el mismo; por lo mismo que los biógrafos que, para obedecer á las exigencias del sistema de filosofía histórica, trabajaron penosamente, por medio de inducciones erróneas, para dejar sentado que Colon habia tenido defectos, no pudieron citar ni uno solo de estos y apoyarse en un ejemplo, ni exhibir una prueba; y tambien porque esos escritores, unos despues de otros, cediendo á la fuerza de los hechos, se ven arrastrados á borrar ellos mismos las consecuencias de sus censuras, de sus restricciones, y terminar por un elogio tan completo de las virtudes de Colon, que neutralizan su crítica, y sin advertirlo, esa tentativa no hace más que resaltar mejor su superioridad.

Así, pues, nos ha parecido más lógico y más frances ir directamente al objeto, sin preocuparnos por esa autopsia minuciosa que quisiera mostrar alguna dudosa cualidad en una existencia cuya parte accesible á la crítica estará enteramente manifiesta á la esplendente luz de la historia.

§ V.

Puede afirmarse resueltamente que, por cierta especie de íntima solidaridad, la pureza del hombre privado es una especie de garantía de la dignidad é irreprochable conducta del hombre público. Despues de haber visto á Colon ser equitativo y justo entre los suyos en las costumbres domésticas, es lógico prometerse encontrar tambien en él un grande amor á la justicia luégo que la responsabilidad política se agrega á los demas deberes.

En la posicion distinguida á que subió repentinamente, revestido Colon en un mismo dia de la triple dignidad de Gran Almirante del Océano, de Gobernador General perpétuo y de Virey de las Indias, no faltó jamas á su triple compromiso. Nadie le acusó de parcialidad durante su administracion. Los arrogantes hidalgos, los perseguidores de los Indios, se quejaban sólamente de que protegía á los indigenas. Su solicitud á favor de estos ofendía el orgullo castellano; pero, Colon, verdadero discípulo del Evangelio, no era amante de los privilegios. Su celo continuó extendiéndose á todos los intereses. Estableció escrupulosamente una completa igualdad ante la ley. Ya hemos demostrado (1) que su administracion estuvo exenta de errores, y por esto no entramos en pormenores, fijándonos apénas en grupos de hechos.

Su negativa cuando le fué ofrecido un principado, por temor de que sus beneficios particulares le desviaran de sus deberes públicos, habla mejor de su desinteres que cuanto pudiéramos escribir nosotros.

Siendo ya Gran Almirante del Océano, Virey y Gobernador General con titulo perpétuo, no olvida jamas la obediencia, y se somete á las órdenes de un simple comisario de los Reyes, por el mismo respeto que profesaba á la autoridad legítima, esa delegacion visible del cielo.

En la desgracia da constantemente el ejemplo de la abnegacion é igualdad. Durante la carestía y las enfermedades, ya por mar, ya en tierra, no hace uso de sus derechos, y no quiere aceptar sino la racion comun.

Sus medidas administrativas no ofrecen la prisa de lo provisional, aquella ciega sumision á la urgencia que regulan la mayor parte de los actos de la autoridad en la práctica de los negocios. Jamas sacrifica al presente los intereses de lo venidero; porque sabe que los actos de la administracion duran más que el administrador, y que el porvenir está enteramente contenido en el presente. En ninguna ocasion se le ve descender á las veleidades de la gloria, ni ceder á alguna ambicion de popularidad ó tentar el favor de la Corte. No le hacen variar de conducta los chismes de oficinas, ni la injusticia é ingratitud del Rey: su celo permanece inmutable como el deber; y se ocupa con igual ardor en los intereses de la corona y de la civilizacion.

Hasta en el momento mismo que el texto de sus tratados con los soberanos le daban el derecho de defender, con las armas, el gobierno perpétuo de que estaba en posesion, y su dignidad de Virey de las Indias, que ninguna orden posterior podia legalmente anular, da el ejemplo de la obediencia cristiana á la autoridad legítima. Respeta hasta el fin su juramento de fidelidad, del que no se cree libre

(1) Tomo primero, págs. 511 á 527.
TOMO II.

por la injusticia ajena. Cuando se le ha cargado de cadenas, no pide ninguna indemnización, ninguna rehabilitación pública. En vez de conservar rencor, de castigar á los Reyes con su inacción, procura todavía servir á la corona de Castilla. Después de la muerte de la Reina, encarga á su hijo que redoble su celo en el servicio del Rey y que procure aliviarle el peso de los negocios.

Su actividad, su cuidado de los pormenores más insignificantes, su previsión, su moderación, su firmeza, su abnegación, su respeto al poder hasta inicuo para con él, su protección de los débiles, de los marinos que compartieron sus padecimientos, su gratitud para con sus subordinados fieles y celosos, hacen de Colon un modelo de virtudes públicas.

Como la religión es el secreto de esa fuerza, la base de todas sus acciones, y de todas sus virtudes, preséntase Cristóbal Colon como modelo á los hombres del mundo. Un santo parece no ser modelo sino para los más perfectos de entre los cristianos. Un obispo, un fundador de orden monástico, un misionero, no parecen propuestos como ejemplo sino á obispos, sacerdotes y religiosos. Diríase que sólo el claustro ó el santuario tienen que aprovecharse de su historia. La Providencia ha juzgado útil presentar á los hombres un seglar, un funcionario público según el Evangelio. Colon, seglar y administrador, colocado forzosamente entre las personas oficiales, es sobre todo una enseñanza para los elevados funcionarios y hasta para los soberanos.

Su vida contiene una fecunda enseñanza.

Los subordinados aprenderán en ella á soportar animosamente los desengaños é injusticias que puedan sobrevenirles en el ejercicio de sus funciones ó en su carrera. La vida de Colon demuestra que el mérito puede no ser recompensado. La falta de equidad por parte de los superiores no cambia los deberes del subordinado: sufre, pero no se rebela. En estas tribulaciones ve el cristiano un medio de mejorarse y de redimir por medio de la resignación secretas negligencias cometidas en el servicio de Dios. Por otra parte, la resignación á la voluntad divina trae consigo una dulzura interior que no conoce el espíritu del mundo.

Si Colon, fundándose en el estricto derecho, en el texto de sus tratados con la corona de Castilla, se hubiese sublevado y hubiese rechazado con las armas á los comisarios de los Reyes, Aguado, Bobadilla y Ovando, que intentaban desposeerle; si hubiese conseguido asegurarse un Estado independiente, y apropiarse la isla Española, su fin hubiera sido el de un hombre ordinario: la grandeza y la poesía de sus fatigas se hubieran eclipsado en aquella vulgar peripecia. El interés que inspirará su memoria, mientras dure la vida de este Globo, hubiera quedado disipado mucho tiempo há: él mismo hubiera quedado despojado de esa aureola con que le adornó su infortunio santamente soportado.

Al ver tan mal retribuidos unos servicios tan grandes, y desconocidos semejan-

tes derechos, se aprende á soportar más fácilmente las pequeñas injusticias, los choques de intereses, las ofensas de amor propio, los desafueros, las sinrazones del público ó de los superiores. ¿Qué son las injusticias de una administración, de una municipalidad, de un jefe de cuerpo para con un particular, un empleado, un oficial, cuando se piensa en los servicios prestados por Colon? Recordando lo que él sufrió sin murmurar, ya no habrá quien se atreva á quejarse de contrariedades, mínimas vejaciones, ó de preferencias injustas.

Si nos remontamos á la causa de su virilidad de espíritu, de su tranquilidad de ánimo, en lo que le atañe, se verá que su conocimiento de la humanidad y de las flaquezas de nuestra naturaleza, la elevada idea que tenía de Dios, su noción de la bondad divina, su deseo de perdonar para serlo á su vez, su conciencia de lo transitorio de este mundo, de la inestabilidad de las cosas terrestres, el desprendimiento natural de su alma enteramente elevada á los esplendores inmortales le sostenían durante sus tribulaciones. Consolábase con la esperanza de lo imperecedero y del supremo bien de los desengaños é iniquidades de la vida presente.

§ VI.

Acabamos de ver un hombre de virtud perpétua, de entera pureza de corazón, cuya grandeza moral excede á los tipos más célebres de la antigüedad, y no es inferior, por cierto, á las más nobles figuras de los héroes formados por el Evangelio.

Pero esto no es bastante.

Para juzgar realmente á Colon, intentemos introducirnos en el fondo de su carácter.

Cuando se le examina todo entero, abarcando de golpe los actos y principales acontecimientos de su carrera, vése uno inducido á reconocer que el carácter público de Colon, en relación necesaria con su carácter privado, ofrece sobre todo el tipo de la sumisión religiosa y del mandato evangélico. Como lo ha dicho tan exactamente el ilustre padre Ventura de Raulica: «Colon es el hombre de la Iglesia (1).»

Efectivamente, Colon pertenece á la Iglesia, mucho más decididamente que á la marina.

Aunque destinado al mundo por sus funciones, vivía habitualmente más como religioso que como seglar.

(1) P. Ventura de Raulica. *Cristoforo Colombo rivendicato alla Chiesa*. Manifesto, in 4.º Parigi, 1853.